

para la marcha de los acontecimientos, los continuados errores que se cometieron y la final y fatal resolución de la entrega de la plaza, aunque con una rendición honrosa y excepcional en los anales de la Historia Militar.

CUERPO DE EJERCITO DE ORIENTE DEFENSOR DE LA PLAZA DE PUEBLA (1863).

Comandante en Jefe: General Jesús González Ortega.
 Cuartel Maestre: General José María G. de Mendoza.
 Ingenieros: Teniente Coronel Amado Camacho.
 Ambulancia: Médico Juan Navarro.
 Artillería: General Francisco Paz.

	Jefes	Oficiales	Tropa
1a. División. — General Felipe B. Berriozábal.		75	78
3 Brigadas. Generales: Juan Camacho Porfirio Díaz. Pedro Hinojosa	41	256	3,990
2a. División.—General Miguel Negrete. 3 Brigadas. Generales: Pedro Rioseco. Mariano Escobedo. Luciano Prieto.	46	293	3,974
3a. División.—General Florencio Antillón. 3 Brigadas. Teniente Coronel: Alonso Flores. Coronel Vicente Herrera. General Mariano Rojo.	23	147	2,902
4a. División.—General Francisco Alatorre. 3 Brigadas. Generales: Luis Ghilardi. Nicolás Régules. Coronel, Miguel Anza	34	201	2,989
5a. División.—General Ignacio Llave. 3 Brigadas.			

Generales: José Ma. Mora.
 José Ma. Patoni.
 Eutimio Pinzón.

40	187	2,829
BRIGADA DE OAXACA. General Ignacio Mejía.		
15	111	1,322
Corporaciones Sueltas. Coronel Nicolás Prieto.		
51	118	439
Total de Infantería		
250	1,388	18,523

Total efectivo del arma de Infantería. Jefes 250 Oficiales 1,388 Tropa 18,523 Caballos

ARTILLERIA
 Total efectivo. 7 128 1,180 20

Acémilas de tiro. 817
 id. de carga 39

CABALLERIA
 Comandante.—General Coronel Tomás O'Horán.
 Jefe de E. M.—Teniente Coronel Remigio Yarza.
 1a. Brigada.—Coronel Joaquín Téllez 18 97 829 877
 Caballos de Of. 15
 Acémilas 38
 2a. Brigada.—Coronel Jesús Sánchez Román. 9 63 702 712
 Acémilas. 10
 Brigada Carbajal. General Antonio Carbajal. 7 31 476 513
 Acémilas. 5
 Brigada Rivera.—General Coronel Aureliano Rivera 14 86 588 593
 Caballos de Of. 96
 Acémilas. 7
 Sección Prieto.—Coronel

	Jefes	Oficiales	Tropa	Caballos
José N. Prieto.	8	24	250	252
Caballos de Of. 32	56	301	2,845	2,947
Totales:				
Infantería.	250	1,388	18,523	
Artillería.	7	128	1,180	20
Caballería.	56	301	2,845	2,947
Total general	313	1,817	22,548	2,967
y 916 acémilas.				

ARTILLERIA PARA LA DEFENSA DE LA PLAZA. CAÑONES MONTADOS

De sitio	61	
De máquina (cortos)	3	
De campaña	70	
De montaña	31	
Morteros	13	178

Proyectiles

Diversos proyectiles para cañones, morteros etc., etc.	55,911
Cartuchería cargada para piezas de sitio de batalla	32,363
Municiones para Infantería y Caballería	2,096

DISTRIBUCION DE LA ARTILLERIA EN LOS FUERTES

Fuerte número 1.—Guadalupe entre cañones, obuses y morteros	18
2.—Independencia	5
3.—Zaragoza	15
4.—Ingenieros	18
5.—Hidalgo	12
6.—Morelos	9
7.—Iturbide	14
8.—Demócrata	16
9.—5 de Mayo	9
En la Ciudad	38
Reserva	24
Total	178

La distancia entre los fuertes sumaba la cantidad de 1,440 metros.

CUERPO DE EJERCITO AUXILIAR

Primera Brigada.—Comandante General Rosas Landa.

Cuartel Maestro Coronel C. García Saviñón.
Tropas: 1o., 2o., 3o. y 4o. de Infantería, habiéndoles dado bandera de que carecían al 1o. el C. Lic. Ezequiel Montes y al 4o. el C. Presidente de la República.

Brigada de Artillería.

Comandante General Everesu con tres baterías; dos rayadas de a 6 y una de obuses de a 24 y 36. Mayor de órdenes Teniente Coronel Balbontín.

Segunda Brigada (de Caballería).

Comandante General Sotomayor.—Mayor de órdenes Coronel Toledano.

Tropas: "Lanceros de Nuevo León y Coahuila", apadrinando el estandarte el Ministro de la Guerra.

Regimiento "Lanceros de la Frontera".—Apadrinó su estandarte el Ministro de Hacienda.
Regimiento "Lanceros de San Luis" siendo el padrino del estandarte el diputado Pablo Verástegui.

Escuadrón "Lanceros de Jalisco" siendo el padrino del estandarte el Coronel Francisco Mejía.

Escuadrón "Rincón Gallardo" apadrinó el estandarte el Ministro de Justicia.

Escuadrón "Exploradores de la Frontera"; padrino el C. Manuel Siliceo.

Brigada de Rifleros a caballo.

Comandante, General Barreiro.—Jefe de Estado Mayor Coronel Estanislao Cañedo.

Tropas: 3er. Regimiento, sin bandera, que recibió de manos del Ministro de Relaciones.

"Rifleros del Bravo"; el padrino de bandera lo fué el C. Leandro Cuevas.

No obstante que este Cuerpo de Ejército era el destinado a auxiliar Puebla y por lo tanto a sostener combates sin abrigo alguno, todavía se le quitaron las Brigadas de Jalisco y de Michoacán, dándose la orden al General Comonfort, Comandante en Jefe, para que procediera a organizarlo con la mayor prontitud, con objeto, decía el Ministro de la Guerra, de que sirviera de apoyo al Benemérito Cuer-

po de Ejército de Oriente y lo auxiliara todas las veces que lo necesitara y cooperara con él a la defensa nacional.

Para la defensa de una plaza, los diferentes abastecimientos deben depender del número de bocas de fuego, los que deben estar en relación con la magnitud de la plaza, la situación y la naturaleza de sus obras, el efectivo de la guarnición, el número de días probables que pueda durar la defensa, y del estudio de todos estos factores dependía entonces el número de cañones y de morteros o de morteros y de cañones con que debería dotarse una plaza, para verificar con éxito una defensa.

Se conceptuaba entonces como tipo para defensa de una plaza de primer orden y como suficiente para el éxito una detonación de cien cañones de grueso calibre, treinta morteros u obuseiros, con una dotación de mil quinientos proyectiles por boca de fuego.

Según las informaciones del Comandante de Artillería, el material destinado para la defensa de Puebla, era el necesario para el sostenimiento de la plaza; el optimismo, falto de base en el General en Jefe, iba mucho más allá de lo real, pues hizo creer o creyó, que los franceses se retirarían después de haber fracasado en la intentona de apoderarse de Puebla y de igual manera se expresaba el sentir del Comandante del Ejército Auxiliar, en informaciones privadas y reservadas de ambos. La opinión del General Comonfort cambió pronto y llegó a expresar en sincero y acertado decir todo lo equivocado de ambos, al comenzar el acercamiento de los adversarios y la obstinación pasiva, torpe e invariable del Comandante defensor de la ciudad de Zaragoza.

La falta de seguro y acertado criterio, de esas apreciaciones, se deduce con leer detenidamente las cartas entre ambos Comandantes y algunos de los representativos eminentes del Gobierno, notándose la falta de fe y de firmeza —dos virtudes militares grandes que no supieron imitar del General Zaragoza— ya que la apreciación muy inmediata por fechas, es notoriamente contradictoria.

Se hacían la ilusión, porque la real evidencia inferiorizaba algunos de los factores considerados por ellos, como asegurar amplia y enfáticamente que las bocas de fuego, relacionadas con la extensión de la plaza, la situación y la naturaleza de las obras de defensa construídas, el efectivo de la guarnición, el armamento, etc., etc., todo respondía a las necesidades del momento, para enfrentarse a un enemigo, que suponían, ahora erróneamente, que como en mayo de 1862, se aventuraría en una maniobra de empeño, donde más o menos se exhibiría el valor y la disciplina

de las tropas atacantes; que bajo un mando torpe como el de Lorencez, las tropas atacantes rechazadas volverían a su base de Veracruz y en otro largo período de tiempo se prepararía una nueva concentración, para emprender ya con mayores elementos su incursión hacia el interior del país.

El mando mexicano se equivocaba de medio a medio; la artillería era de una inferioridad notoria, comparada con la flamante que traía la expedición invasora; Puebla tal como la describían en sus impresiones reservadas había de convertirse en una plaza de primer orden y esa apreciación además de ser presuntuosa, entrañaba un desconocimiento de lo que son plazas de primer orden; el armamento nuestro como nuestros cañones todos en su gran mayoría estaban descalibrados, por el constante uso a que se le destinó, como elemento concluyente para derrumbar o sostener Gobiernos y si las premisas de su todo se habían llenado en parte, no todos los Generales, pero si el General en Jefe ignoraba o quiso ignorar, que al entrar a Puebla se metía en un cerco, en el que sucumbirían heroicamente —así han sucumbido siempre nuestros soldados— pero al cabo en sacrificio inútil de vidas que el mando tiene la obligación de economizar sin perder todos los importantes elementos puestos a su cuidado para ser empleados en una forma más eficaz y efectiva.

Calculada para una guarnición, racionalmente, de acuerdo con los preceptos conscientes de la época, a razón de 1,500 hombres por kilómetro de la línea de los fuertes y debiendo cubrirse una extensión de 10/3 kilómetros, Puebla necesitaba para llenar esa prevención de experiencia y de saber, para su línea de ataque 15,000 hombres en números redondos y de 250 por kilómetro para formar sus reservas (3,000 hombres en números redondos) bastaba un total de 18,000 hombres.

La guarnición de Puebla con un efectivo de 22,500 hombres, llenaba, en cuanto a efectivo, y tomando en cuenta el del adversario, los consejos que al respecto señalaban los mejores autores de la época.

Para el reparto de la guarnición interior, según las informaciones del Jefe del Estado Mayor, se contaba con el efectivo necesario para resistir en el caso de una sorpresa o de un ataque a viva fuerza.

Todas las reglas para la defensa de una plaza sitiada, de los autores adelantados de la época, terminan con recomendaciones concluyentes previendo terminantemente, que la defensa de una plaza debe ser exterior y activa, es decir que debe estar caracterizada por un aspecto particularmente ofensivo.

De esta última, terminante y racional prevención de todos los tratadistas de táctica y de estrategia, siempre hizo punto omiso

el mando del Ejército de Oriente, para nada la tomó en cuenta, como se corrobora por la recapitulación de los relatos históricos, por los partes e informaciones de los Generales y por la concluyente manifestación de los hechos llevados a cabo por los defensores de la Ciudad de Zaragoza. Ante un desarrollo táctico inerte, las consecuencias no podían, no debían ser otras, que la caída de la plaza, cuando no se contaba con otra plaza seriamente defendida y fortificada que pudiera enviar refuerzos y elementos de boca y de guerra y el Ejército Auxiliar sólo podía ofrecer características de desorganización y de indisciplina, con la agravante de llevar a su frente al Caudillo de Ayutla, Caudillo, sí, pero sin aptitudes militares para la gran guerra, sin dominio, sin carácter, sin firmeza y sin las cualidades excepcionales necesarias para enfrentarse en un combate a campo raso contra un adversario de una seriedad militar de primer orden.

Las mejores Brigadas, con los Generales más aptos a su frente, las mejor organizadas y disciplinadas formaban parte del Cuerpo de Ejército de defensa; iban a disfrutar del factor abrigo, ampliamente en todas las líneas, ya del exterior como del interior aprovechándose como se aprovecharon de los muros infranqueables, de las vetustas iglesias y casonas de la legendaria ciudad, alargadas en convenientes líneas de defensa por las obras que previamente se habían construido.

En cambio el Ejército Auxiliar, formado por elementos muy inferiores en todos los órdenes, heterogéneo en sus elementos llevados de aquí y de allá, por error grande del alto mando, era el destinado para defender México, en el caso de que los franceses eludieran el ataque a Puebla o para sostener batalla campal de espera o de encuentro, pero seguramente donde los soldados bisonños, inorganizados, con fatal disciplina y muchos reclutas, no encontrarían el más elemental abrigo que suele aminorar las características de los soldados carentes de virtudes militares y poco aguerridos.

En la reorganización del Cuerpo de Ejército Auxiliar, se le fraccionó en dos divisiones de Infantería a las órdenes de los Generales Rosas Landa y Frías y una División de Caballería a las del General Sotomayor, todo irregular, y tres baterías, de esas las dos únicas rayadas, con que contaba el también entonces, como en 1847 incipiente Ejército. Oficiales y mando, como se verá por reflexiones del propio Comandante, que no eran muy capacitados y éste, el mando, dió muestra de una patente debilidad, ante la insubordinación, al frente del enemigo, de uno de los Generales de cierto prestigio regional.

EFFECTIVO DEL EJERCITO FRANCES

Comandante en Jefe General Forey.

Dos Divisiones de Infantería y una Brigada de Caballería.

1a. División.—General Bazaine.

1a. Brigada.—General Neegre compuesta de un Batallón y dos Regimientos.

2a. Brigada.—General D. Castagny compuesta de dos Batallones y dos Regimientos.

Una Batería de Marina y 4 de Campaña.

Una Batería de Montaña de marinos.

Una Compañía de Ingenieros.

2a. División Comandante de Lorencez quien partió para Francia quedando al frente el General Douay.

1a. Brigada General Douay reemplazado por el General L'Herriller, un Batallón y dos Regimientos.

2a. Brigada General Bertrez, un Batallón y dos Regimientos.

Una Batería de Montaña.

Una Batería nombrada de 4 de campaña.

Una Compañía de Ingenieros.

Los Batallones de Tiradores y de Cazadores estaban integrados con seis compañías, los de línea con siete y los de Zuavos con ocho.

Brigada de Caballería.—General de Mirandol.

Dos Regimientos de marcha con cuatro Escuadrones cada uno, seis de Cazadores de Africa y dos del 12 de Cazadores y un medio Escuadrón del 5 de Húsares para Escolta del General en Jefe. La Caballería de Africa fué según la creencia del mando francés la más apropiada para enviar a México, elección que a mi juicio también fué acertada.

Se dejaron naturalmente tropas de reserva, material de artillería, Cuerpo de Ingenieros, etc.

El efectivo del Cuerpo expedicionario quedó así repartido:

Estados Mayores	51	
Gendarmería	23	
Infantería	19,411	
Caballería	1,500	
Artillería	1,884	
Ingenieros	516	23,385

Administración

Trenes	1,430
Subsistencias	365

Campamento	59	
Servicio de Hospitales	634	2,488
Marina		
Infantería	1,609	
Artillería	448	
Ingenieros	153	
Gendarmería	43	2,253
Total general		28,126

El 9 de marzo el General Elic Frederic Forey, Comandante en Jefe, tenía a su mando para atacar Puebla, después de dejar sus reservas:

Infantería	18,000 Hombres.
Caballería	1,400
Artillería	2,150
Ingenieros	450
Administración	2,300
Tropas mexicanas	2,000
Total	26,300

Cincuenta y seis bocas de fuego, con dotación de 300 cartuchos para cada una; los morteros con ciento cincuenta y como reserva 2,400,000 cartuchos.

Con un efectivo de 26,000 hombres en números redondos, el Ejército Francés se nos presentaba racionalmente dividido en dos Divisiones, cada una compuesta de dos Brigadas y una Brigada de Caballería, siendo sólo ocho los generales y en cambio nosotros con un efectivo inferior, sólo el Cuerpo de Ejército defensor de la plaza, estaba integrado por cinco Divisiones, una Brigada y Corporaciones sueltas de Infantería y cuatro Brigadas y una Sección de Caballería; las Divisiones compuestas de tres Brigadas y con 19 Generales al frente de las unidades. Esto ha originado que los autores desconocedores de los datos numerales unas veces y con premeditada intención otras, se empeñan en aumentar los efectivos nuestros, ya en la defensa de las plazas o ya en los combates, con objeto de aminorar el valor de nuestros legítimos éxitos; pero no se oculta al que algo se haya dedicado a estos estudios, que los militares de las naciones que han contado o cuentan con una organización racional, al leer las informaciones en que se habla de Divisiones, Brigadas o unidades

inferiores, las valoran dentro de los efectivos más conocidos y nunca en esa irregularidad tan de los países de Hispano-América —ahora no en su gran mayoría— que se han visto obligados a reducir los efectivos de los Cuerpos con objeto de dar colocación a los innumerables oficiales, generales y superiores que siempre nos han sobrado en mayor o menor número.

Debemos decir en verdad, haciendo justicia y como una observación fácil de comprobar —escalafón de 1882— que los Comandantes de las grandes unidades en la Guerra Franco Mexicana no abusaron de esa subdivisión que crea unidades para los Jefes y no Jefes para las unidades, significándose esta época, porque los ascensos no fueron prodigados en relación con la larga lucha y muchos de aquellos militares obtuvieron el empleo inmediato después de batallas o de combates de señalada importancia, porque las más de las veces sólo se les confería el grado y no la efectividad del empleo. Esta facultad de conceder grados, la creó nuestro ininterrumpido estado de guerra en revoluciones y cuarteladas, para doblar la extensión de la jerarquía, pues a quien se le confería el grado quedaba en colocación intermedia, entre el empleo superior e inferior, y podía ser empleado para desempeñar funciones de uno u otro empleos, sin que originara gastos por mayor sueldo.

Otro de los motivos que ha servido para formar crónicas erróneas, ha sido el empleo inapropiado de palabras exclusivas del tecnicismo militar, pues la poca documentación o la mala fe, se utilizan por ese indebido uso de tecnicismos que el militar ignorante o el cronista perverso o también ignorante, emplean para significar lo que ellos quieren decir, aunque para el militar bien preparado y para el cronista instruido tiene otra significación, la debida, pero por cierto muy diferente, aunque sí la verdaderamente apropiada.

En la época contemporánea una de las palabras más erróneamente y frecuentemente empleada y de la que han abusado hasta militares de cultura, es la palabra movilización, en el sentido equivocado de concentración o de cambio de guarnición o de zona de operaciones. La palabra, técnicamente para el militar, significa exacta, única y precisamente, el pase del pie de paz al de guerra, el aumento del efectivo de cada unidad que se dobla en integración por las reservas, pero jamás en el sentido castizo de moverse para cambiar de guarnición. En el exterior por el empleo indebido de esa palabra, en las épocas de revuelta, que ha sido nuestro estado normal, los que han seguido las noticias frecuentes aplicando la palabra a núcleos armados, han llegado a asegurar que México ha contado con más de un millón de hombres sobre las armas.

La palabra en lugar de la apropiada del tecnicismo militar, concentración, ha dado lugar a que se haya creído que el Ejército Mexicano había pasado al pie de guerra —duplicándose cuando menos el efectivo—, de los cuerpos que se ha anotado como que se han movilizad^o y que no sufrieron modificación en su efectivo bien reducido por cierto y cuando sólo se ha querido decir que esos cuerpos van a ser concentrados en otro lugar.

LAS EPOPEYAS DEL SITIO

Los hechos aislados, los combates sostenidos por nuestros valientes oficiales y soldados supieron hacer honor a la fama de sus adversarios, en nada desmereció el mérito de muchos de los oficiales, generales y superiores, pero tanta abnegación y tanto sacrificio, fueron torpe y festinadamente inaprovechados por una rendición, que con todos los arreos de honor y de hombría, no supo corresponder a los principios económicos, dentro del orden militar, que estaba autorizada a reclamar una nación que habría de emprender, como emprendió, una larga lucha para readquirir su autonomía y salvar los principios republicanos.

No fué comentado favorablemente por el elemento defensor de la plaza de Puebla cuando el 18 de marzo, los invasores por un rodeo se apoderan del Fuerte de San Juan; no se hizo una salida general al norte, como parecía indicado, durante la marcha de flanco de la fuerza francesa o que cuando menos se hubiera disputado la ocupación del cerro de San Juan. El general Lallanne ha explicado que en aquel día no se contaba aún con la cooperación de las tropas del general Comonfort, por que sólo había con el general Uruga una parte de los efectivos del irregular Cuerpo de Ejército del Centro. Pero los acontecimientos y los comentarios de las propias cartas de los generales no dejan lugar a dudar que ni en aquel día, ni en ningún momento pudieron ser eficaces los auxilios del Ejército Auxiliar por las razones que he expresado con relación a su organización, a su disciplina y a sus mandos, cuanto por que tampoco el comandante del Cuerpo de Ejército de Oriente pensó o no supo pensar jamás cómo podría haber empleado la cooperación de ambos Cuerpos en una maniobra de combate fructífera, eficaz y de resultados positivamente beneficiosos para la república.

Combates de resistencia, de defensa, de auxilio a los lugares más atacados; esa y no otra, debería haber sido la continuada acción de los defensores de Puebla en aquel largo, innecesario y aniquilativo esfuerzo, que al fin se diluyó en una rendición con sacrificio de todos los elementos, que el gobierno de la república, seguramente había confiado con la intención de que fueran más eficaz y largamente aprovechados.

El 21 de marzo, tal como se había previsto, pudieron hacer su salida de la plaza las Brigadas de Caballería de Carbajal y Aureliano Rivera. Esas tropas marcharon a incorporarse al Cuerpo de Ejército del Centro. Estos elementos, soberbios para ser aprovechados en la pequeña guerra, en la guerra de guerrillas, en los albazos, en las emboscadas y para el continuado oficio de inquietar y de embestir sobre puestos avanzados, para nada iban a servir en el empeño de una acción de gran guerra que debería de tener lugar entre los franceses y el Ejército Auxiliar; acción a campo raso, que ni en sueños podían sostener esas fuerzas, preparadas, muy bien acondicionadas, de una movilidad grande para jamás dejar en reposo a los pequeños puestos o a los destacamentos en sus incursiones.

La defensa de los fuertes y de las líneas establecidas no dejó de hacerse un solo momento con una heroicidad grande, palmo a palmo supieron disputar nuestros mexicanos, la ocupación de aquellos terrenos confiados a su honor, de soldados; pero el fin, la suprema ley, aquella que anatematiza a los que se encierran en las plazas, sin contar con los auxiliares técnicos especificados y que no saben abandonar la pasividad injustificada, habría de realizar su designio sobre los defensores de la grande, inmensamente grande ciudad de Puebla, elevada a ese pedestal de inmortalidad, por el genio característico, perseverante y firme del general Zaragoza y de sus soldados, que después de recibir el espaldarazo de la gloria el 5 de mayo, dejaba lauros merítisimos para inmortalizarse defendiéndola.

El fuego vivísimo de cañón no cesaba y no sólo lo abrían las baterías enemigas para procurar la apertura de brechas, sino cuando se daban cuenta de que nuestros soldados reponían una parte, la parte de los parapetos demolidos, empleando sacos de tierra para esas elementales reparaciones.

No dejaba el mando de cometer desaciertos; no de otro modo fué juzgado por los entonces tenientes coroneles Lallanne y Troncoso, la pequeña salida del Fuerte de San Javier, contra la tercera y cuarta paralelas, llevando poca fuerza (así lo disponía la orden). Aquella inútil y pequeña salida se hizo por un lado con treinta hombres del 2o. y 30 del 6o. de Guanajuato. Los resultados prácticos... ningunos. La tercera parte de aquel pequeño efectivo quedó tendido fuera de los parapetos pues, innecesariamente, audazmente llegaron hasta tocar la trinchera enemiga. Los franceses dieron a conocer que estaban muy confiados en que los defensores no harían salidas; con mayor efectivo les pudieron haber clavado los cañones de esa trinchera y nuestros bravos dieron a conocer, que aún ante una orden descabellada nuestros soldados eran muy capaces de emprender salidas signi-